

Vestigios de alcazares musulmanes en Córdoba

POR

RAFAEL CASTEJON Y MARTINEZ DE ARIZALA

Comisario Director de las Excavaciones del Plan Nacional en Medina Azzahara
(Córdoba)

El campo de Córdoba ofrece en una gran extensión alrededor del perímetro de la capital una gran riqueza arqueológica. Poblados y villas hispano-romanos, visigodos y mozárabes atestiguan cuánta ha sido la vitalidad de la vieja capital bética a través de los siglos, que el gran esplendor islámico viene a aumentar en intensidad y extensión.

De aquí que todos los historiadores locales, sorprendidos por los continuos hallazgos del subsuelo cordobés, le hayan dedicado numerosas páginas, por las cuales se ha deslizado la fantasía, entre datos ciertos y elocuentes (Ambrosio de Morales, Díaz de Rivas, Ramírez de las Casas Deza). Y no ha dejado de sorprender a los extranjeros que han tenido ocasión de comprobar tal extremo. «Una ciudad entera, pero laminada, hay enterrada al occidente de Córdoba, en una extensión de varios kilómetros...», decía Terrasse, después de recorrer los llanos cordobeses rasgados por largas líneas con motivo de la construcción de los canalillos secundarios de sus modernos regadíos.

Siguiendo esta corriente local impuesta por el medio, nosotros hemos pretendido en diversas ocasiones (1) recordar aquellos hallazgos y aun relacionarlos con construcciones documentadas, pero el estado de destrucción en que aparecen es tan lamentable que impiden una identificación nominal en la mayoría de las ocasiones. Al hablar de ubicación de arrabales, especialmente los de Occidente, y de vestigios de alcázares o palacios de recreo, en nuestros intentos de reconstrucción topográfica de la Córdoba del Califato, hacemos relación de lugares donde subsisten restos de aquéllos.

En esas ocasiones nos hemos referido a los vestigios de la Huerta de Valladares, que en esta nota vamos a describir. Esta huerta está a poniente de Córdoba, a una distancia de dos kilómetros aproximadamente del casco de la población y en la misma ribera del Guadalquivir. Es la más extrema de una serie de cuatro huertas que se extienden desde la Huerta Maimón, primera de ellas, frontera al

ángulo SO. de la muralla general de Córdoba (aquí subsistente, en el trozo que circunda la Huerta del Alcázar, donde se abre el llamado Portillo de los Sacos), cuya huerta acaso conserva su nombre de tiempos califales (yen-al-Maimón, la huerta de los Maimón, los porteros de Palacio, de que habla Aben Házam), hasta la nombrada Huerta de Valladares. Estas cuatro huertas deben su existencia a los manantiales que afloran al pie de una terraza cuaternaria, entre cuyo desnivel y el río ellas se extienden. Sobre el borde de esa terraza ha llegado a nuestros días una fuerte muralla de tapial, posiblemente de tiempos de Almanzor. A su vez, la Huerta de Valladares está inmediata a otra hermosa posesión, Alameda del Obispo, en tiempos del Califato, Almunia del generalísimo de los ejércitos califales Gálib Annaseri.

Precisamente en el borde de la terraza cuaternaria, a cuyo pie está situada la Huerta de Valladares, hay restos de un alcázar o palacio musulmán. Los derrumbes naturales del terreno y otras veces la reja del arado ponen al descubierto los muros, pavimentos y objetos de dicha construcción, la cual debió tener aristocrática importancia, a juzgar por sus restos decorativos.

Los muros están contruídos con sillares de piedra caliza bien labrados, cuyas dimensiones son aproximadamente de $60 \times 33 \times 20$, colocados a soga y tizón en la proporción de uno por cuatro o cinco. Estas dimensiones y técnica son típicas de épocas de Almanzor. Los muros están paramentados de estuco blanco a la cal con zócalos rojos, como en Medina Azahara y demás construcciones califales. Los pavimentos son de mortero de cal embetunado en rojo, de baldosa de 42 cm. de lado, o de ladrillo de 33×20 . Sobre los pavimentos hay un gran lecho de cascote de teja. Todas estas referencias las damos sobre observaciones del terreno, en los derrumbes de que antes hablamos, porque estos lugares no han sido objeto de excavación especial alguna.

Los cultivadores de la huerta desde hace muchos años, la familia Dorado, a quienes desde aquí expresamos nuestro reconocimiento, vienen recogiendo los hallazgos arqueológicos que el arado descubre, los cuales constituyen un apreciable lote, que consiste en unos treinta trozos de placa decorativa califal, un candil, una basa de mármol y un trozo de placa epigráfica.

El lote de placas decorativas, recogido casi sobre la superficie del terreno, evidencia que debe ser un rico yacimiento arqueológico.

Recordamos que en Medina Azahara las grandes cantidades de este material han sido recogidas en el conjunto de habitaciones que pertenecen al Alcázar de los Califas y en el gran salón occidental. Es decir, que en aquella creación califal la decoración de placa tallada sólo existía en departamentos de especial suntuosidad u ornato, ya que la gran mayoría de habitaciones comunes sólo presentan paramentos lisos de estuco de cal.

No es raro, por otra parte, el hallazgo de decoración en placa esculpida en alcázares o palacios particulares. Precisamente las ubicaciones de dichos alcázares, de las que damos algunos en nuestros mentados trabajos, las basamos en el hallazgo sobre la superficie del suelo, junto con otros restos arqueológicos, de trozos de esta placa decorativa, que indiscutiblemente denota magnificencia en la construcción, puesto que reproduce la de los propios alcázares califales.

La naturaleza de la piedra caliza sobre la cual está tallada la clásica decoración floral del Califato es igual a la de Medina Azahara. Denota esto similitud de talleres que debieron abundar en Córdoba en dicho periodo. La técnica y los motivos artísticos son también iguales a los clásicos del arte califal.

Examinando el lote de placa decorativa, del que ofrecemos fotografía (pág. 217, núm. 2), se nota bastante diferencia entre el trozo mayor que en él aparece y el resto de los trozos, principalmente por su técnica. Este trozo (pág. 217, núm. 4) está labrado en la misma clase de piedra que el conjunto, y sus temas son los florales típicos del Califato. Formó parte seguramente del remate de una pilastra decorativa de las que flanquean los diversos planos de las jambas de puertas, como algunas se ofrecen «in situ» en Medina Azahara. Decimos que su técnica es distinta porque los relieves lineares, son de sección redonda o acordonada, en tanto que los más típicos de ese arte están tallados en bisel o en canal, a veces en doble y aun triple canal, como sucede con todos los que integran el resto de este lote. Podríamos decir del primero que su talla es de sección convexa, y los demás de sección cóncava, o mejor, en canal.

Plantea esta diferencia de técnica de labra el problema que ya Velázquez Bosco explanó de posibles escuelas o estilos dentro de la gran cantidad de placa decorativa que halló en Medina Azahara. Según dicho primer excavador de la ciudad califal (2), podrían reconocerse hasta cinco escuelas o estilos de decoración floral en pie-

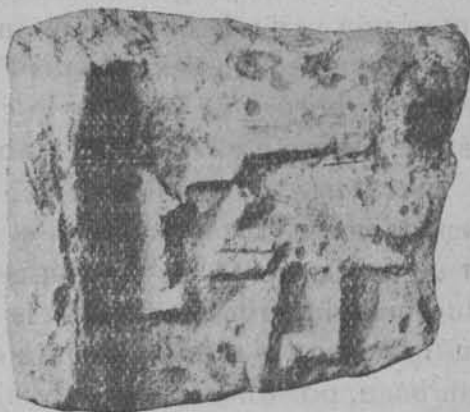
dra: uno de pura tradición bizantina, por lo demás el más abundante; otro de tradición clásica, con derivación directa del romano; otro de fusión de estos dos primeros; otro de extraños barroquismos derivados de los anteriores, y el último con claras influencias orientales.

Terrasse (3) disiente de esta manera de ver y reprocha a Velázquez la supuesta idea de éste de considerar aisladamente diversos estilos en esa decoración floral, cuando según aquél son influencias que previamente existían en el arte de la Cristiandad helenística, recogido por el Islam. Acaso Velázquez quiso decir esto mismo, porque en su discriminación de estilos o tendencias, hecho con admirable perspicacia, aunque con poca claridad de exposición, no habla de talleres, estilos o épocas distintas, sino de influencias que coexisten «simultáneamente», sin dejar de reconocer todos los influjos indígenas y alógenos que el arte del Califato resumió en un deslumbrador florecimiento.

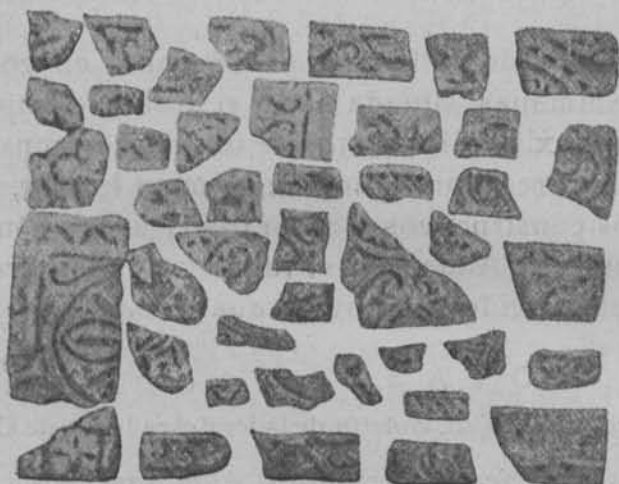
Pero de esta diferencia radical en la técnica del labrado no se han deducido todavía conclusiones generales. Localmente veníamos estimando que la talla que hemos llamado convexa o acordonada representaba típicamente la época de Almanzor, en tanto que la acanalada era clásica de la época de esplendor de Abderrahman III y Alháquem II. Terrasse (4) señala la técnica acordonada en la parte de Mezquita de Córdoba ampliada por Alháquem II, lo cual invalida una franca adjudicación almanzoreña de la misma. No olvidemos el hecho extraño de que gran parte de la decoración floral de dicha parte de la Mezquita está hecha sobre estuco y no sobre piedra, cuando en Medina Azahara, no sucesora, sino francamente coetánea de esta ampliación de la Mezquita, toda la decoración floral está tallada en piedra (5). Bien es cierto que la gran porción de esta decoración floral sobre estuco de la Mezquita está en los vestíbulos del mihrab, porque la que recubre las arquerías de los vestíbulos de ingreso de dicha ampliación (capilla de Villaviciosa) es parte de piedra y parte de estuco. No queremos con esto apuntar la idea de que el estuco solo apareciera en lugares restaurados, ya que el miharab de la Mezquita y sus delanteras lo han sido intensamente en épocas no muy lejanas, en el siglo XVIII por el francés Draveton (6) y en el XIX por Furriel (7), pero el hecho de que hasta algunas celosías de la cúpula vestibular del miharab sean de estuco de yeso es extraordinariamente sospechoso.

Pero ni la naturaleza del material, ni la posible diferenciación de estilos en la decoración floral del Califato, invalidan el hecho señalado por Terrasse en la ampliación del Alháquen, y confirmado en este lote de placa decorativa del alcázar que existiera en la Huerta de Valladares, de que ambas técnicas de labra, la acordonada y la acanalada, ya aparecen en tiempos de aquel califa, son coetáneas,

1



2



3



4



- 1: Trozo de placa epigráfica hallado en la Huerta Valladares, de Córdoba.
- 2: Lote de placa decorativa perteneciente al alcázar musulmán de la Huerta Valladares.
- 3: Basa de mármol de filiación almanzoreña.
- 4: Trozo de placa decorativa califal, remate de una pilastra, hallado en la Huerta Valladares.

aunque tomara más desarrollo en tiempos de Almanzor la técnica acordonada.

Por último, la pieza más importante de estos hallazgos es la basa de mármol (núm. 3), de altura 0,18 m., respondiendo en un todo al tipo califal, y que igualmente encaja en la filiación almanzoreña que venimos dando a todos los restos arqueológicos de este yacimiento.

En esta basa, el plinto y sus ángulos superiores están recorridos por un elegante tallo vegetal, de labor acanalada, de clásica factura

califal. Pero los dos toros, que en algunos bellos ejemplares de la época ofrecen un elegante ensogado como labor decorativa, aquí presentan una serie de cuadrados incisos en presentación diagonal, con otros más pequeños excavados en su centro, y triángulos excavados en ambos bordes de la serie, lo cual equivale a un ensogado esquemático, pero sin el elegante acabado de la época.

Se trataría, por consiguiente, de una pieza sin terminar, o más bien, de una estilización hacia el dibujo geomético, que pudiera señalar algún momento de decadencia. Como la decadencia del arte hispano-musulmán no deriva hacia la estilización franca, sino hacia la multiplicación y reflorecimiento de los motivos, no se puede tomar esta basa, por ahora, como término de transición, hasta que un mejor conocimiento de la evolución que toma el arte califal en sus derivados del siglo XI encuentre otros ejemplares análogos o continuadores de esta basa.

En conclusión, en la Huerta de Valladares de Córdoba, en zona de abundantes ruinas musulmanas, situada hacia el probable emplazamiento de Medina Zahira, existen los restos de un alcázar musulmán de cierta importancia, merecedor de una excavación formal, en el cual todos los elementos constructivos y decorativos señalan una filiación típica de los tiempos de Almanzor, el fundador de las grandes barriadas de la Córdoba occidental, hoy desaparecida.

N O T A S

(1) Compendiadas en *Córdoba Califal*. Boletín de la Real Academia de Córdoba, núm. 25, año 1929.

(2) RICARDO VELÁZQUEZ BOSCO: *Medina Azzahra y Alamiriya. Arte del Califato de Córdoba*. Madrid, 1912, pág. 56.

(3) HENRI TERRASSE: *L'art hispano-mauresque*. Paris, MCMXXXII, pág. 94.

(4) *Ibidem*, pág. 146.

(5) Aunque en alguna ocasión se ha hablado de yeso en partes constructivas o decorativas de Medina Azahara, tal material es rarísimo en la creación califal. Como material usado en elementos decorativos, sólo ha sido hallado hasta ahora formando una basa de columna existente al Sur del gran salón occidental, y constituyendo el elemento suelto de decoración floral que aparece en el ángulo izquierdo de la lámina XVII de la citada obra de Velázquez (la composición principal de dicha lámina está tallada en piedra; y todo ello se ha desprendido en años posteriores por la acción de los agentes atmosféricos), y en ambos excepcionales casos como remiendos o composturas de partes muy expuestas al roce o desgaste.

(6) Los trabajos de reconstrucción a fondo de las cúpulas del miharab, realizados en 1767 por el arquitecto francés Draveton, han sido publicados recientemente por Enrique Romero de Torres, en artículo publicado en *Diario de Córdoba* y reproducido en Boletín de la R. Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, núm. 48, enero-marzo 1944.

(7) De la restauración de los mosaicos del miharab y alguna celosía, sobre lo cual no se conoce hoy documentación, hay noticias en *Inscripciones árabes de Córdoba*, por RODRIGO AMADOR DE LOS RIOS. Madrid, 1879, pág. 144.

ADDENDA AL ANTERIOR ARTICULO

Desde que se publicó el anterior artículo en «Homenaje a Julio Martínez Santa-Olalla», Madrid, 1946, publicado incluso con bastante retraso después de escrito, y que ahora reimprimimos por su interés local, se han producido descubrimientos y publicaciones que aclaran definitivamente algunas de las cuestiones que en él se planteaban, y que ya podemos considerar completamente resueltas.

Por ser estas cuestiones de honda trascendencia para el estudio y evolución del arte del califato de Córdoba, y porque es interesante que conste cronológicamente cuando fueron aclaradas, hacemos de ellas aquí especial mención.

Los estilos de labra en la decoración califal.—En el anterior artículo recogíamos las opiniones fundamentales de Veiázquez y Terrasse sobre la cuestión.

Al reconocer el primero diversas influencias o estilos en la decoración califal, declaraba que existían simultáneamente. Terrasse confirmaba que estas diversas influencias procedían de la Cristiandad helenística recogidas por el Islam.

Nosotros insistíamos, no ya en la diferenciación de motivos estilísticos, evidentemente simultáneos, sino en la diferente técnica de labra, deslindando claramente la acanalada y la acordonada, por si en ellas hubiera diferencias cronológicas que permitieran atribuciones históricas.

Esta parece que era la opinión de algún autorizado maestro en arqueología, y según ella, la técnica acordonada o de tallo circular denunciaría la época de Almanzor, en tanto que el tallo en bisel acanalado, simple o doble, sería de tiempos anteriores de Abderrahman III y de Alháquen II.

Pues bien, los hallazgos arqueológicos en las excavaciones de Medina al-Zahra, a partir de 1944, destruyen totalmente dicha opinión. (1)

En dicho año se inició el descubrimiento del salón que hemos llamado de Abderrahmán III por las repetidas dedicaciones y eulogias a este Califa talladas en basas, frisos y capiteles. Al parecer, y no hay hasta ahora dato alguno que lo contradiga, todo este salón constituye una pieza completa de época, es decir que no se advierten en él recomposiciones ni reformas que hicieran suponer periodos diferentes en su estructura o en su decoración, como claramente se ad-

vierten en otras estancias de la ciudad califal. Se puede asegurar formalmente que la decoración de este salón es de Al-Násir.

La técnica de labra en los grandes paneles decorativos de este suntuoso salón, el más decorado de los que hasta ahora se han excavado en Medina al-Zahra, ofrece indistintamente las dos técnicas que venimos llamando acanalada o en bisel, y acordonada o en tallo circular. Son, por consiguiente «simultáneas», como lo son los motivos estilísticos de dichas decoraciones.

Es más, la estancia donde se iniciaron estos hallazgos, la correspondiente al número 171 del Plano general de las excavaciones, presenta una decoración floral de tal o grueso, en labra «acordonada», la más gruesa y convexa hallada hasta ahora en la ciudad califal, de unos tres centímetros de diámetro, que constituye el ejemplo más demostrativo de lo que venimos explanando.

Nuestra conclusión, por tanto, es la de que los motivos estilísticos que presenta la profusa decoración floral del califato, así como las técnicas de labra o tallado de dicha decoración, que pudieran interpretarse como pertenecientes a épocas distintas, son contemporáneas o simultáneas sin género alguna de duda.

El yeso en la decoración califal.—Uno de los caracteres que dan más soberano vigor a la decoración que embellece los grandes monumentos del Califato de Córdoba, es su talla directa en piedra, mejor diríamos en placa de piedra que se fija sobre los muros con yeso.

La utilización del yeso como material de sostén o fijador ha dado lugar, al llegar la destrucción, a que las placas de piedra que forman los elementos decorativos, se desprendieran con gran facilidad, bien por aprovechamiento de los sillares de los muros, o ya por la acción de elementos atmosféricos, especialmente la lluvia, que puja el yeso y desprende las placas de la decoración. Este contratiempo es particularmente doloroso cuando aparecen en las excavaciones restos de muros con su decoración, y en los primeros años que quedan a la intemperie se les desprende y cae rota al suelo toda la placa que los exornaba.

La placa decorativa, labrada en las canteras de piedra caliza miocena muy sabulosa que abunda en las estribaciones de la sierra de Córdoba, es fácil de trabajar cuando está recién extraída o cuando se humedece, pero expuesta a la desecación se endurece, y sus res-

tos, como los de cerámica, resisten la acción de los siglos y constituyen excelentes testigos de las ruinas califales.

Hacemos estas consideraciones generales para llegar a la conclusión de que, siendo la placa decorativa tallada en piedra uno de los mejores exponentes del arte del Califato de Córdoba, se ha llegado a dudar algunas veces de esta característica exclusiva, por cuanto en algunas partes de monumentos clásicos de los islamitas cordobeses, se han encontrado decoraciones florales talladas en yeso.

Advirtió esto Ramírez de Arellano (2) al describir la Mezquita de Córdoba, señalando las pilastras decorativas «de estuco» que hay en la nave central que conduce al miharab, y lo confirmaron Velázquez, Terrasse, Aguilar y otros, en el mismo interior del miharab, tanto en los arabescos como en la cúpula.

En Medina al-Zahra, dejamos señalados en el artículo anterior, los escasísimos restos hallados de decoración en yeso «tallada», y subrayamos la técnica porque en todos esos lugares, tanto la Mezquita como Medina al-Zahra se advierte el trazo del cincel o gubia tallando el yeso como si fuera piedra. La primera conclusión, por tanto, es que cuando se utilizó el yeso lo fué muy raramente y nunca en molde, sino tallado a cincel como la piedra.

Ya en el artículo que venimos comentando decíamos que era extraordinariamente sospechoso este empleo del yeso como elemento decorativo, y afirmábamos que sólo se encontraba en remiendos o composturas de partes muy expuestas al roce o desgaste.

Esto, que en Medina al-Zahra parecía clarísimo se aclara también totalmente, después del paciente trabajo de investigación hecho por Aguilar Priego respecto a la restauración del Mihrab de la gran mezquita cordobesa hecha por Furriel en 1815, y del cual solo se tenía hasta ahora el escueto dato histórico (3).

Esta restauración a fondo, sobre todo de partes decorativas (4), revela la gran importancia de ella, el yeso que se gastó, las figuritas que se renovaron, o sea los arabescos o decoración floral, y otros muchos datos que compulsados con el monumento mismo evidencian la conclusión antes dada.

La labor tosca de los arabescos del interior del miharab, es por consiguiente, una restauración en yeso hecha por Furriel en 1815, como lo son las pilastras de estuco de la nave principal, como la misma concha que sirve de bóveda o cúpula al mihrab, recorrida acaso en sus aristas con aplicaciones de yeso sobre la gran piedra

original, acaso desgastada, y en suma, cuantas veces aparece el yeso en la decoración califal, se puede asegurar que es como remiendo o compostura a una decoración en piedra preexistente.

La dignidad del arte del Califato en cuanto al empleo de materiales nobles aparece no solo intachable, sino que viene a confirmar la amplitud de las escuelas y talleres que con tal profusión vinieron a servir en la Córdoba de los Califas las grandes creaciones de los potentados con una numerosa legión de artífices, dibujantes y tallistas, cuyos nombres vienen revelando las inscripciones y que constituyen una legítima gloria del artesanado cordobés de la época.

NOTAS

(1) Rafael Castejón. *Nuevas excavaciones en Madinat al Zahra; el salón de Abd al Rahman III*, «Al-Andalus», 1935, I, p. 147.

(2) Rafael Ramirez de Arellano. *Guía artística de Córdoba*. 1896, p. 19; *Historia de Córdoba*. 1918, tomo III, p. 347.

(3) Rafael Aguilar Priego. *Datos inéditos sobre la restauración del Mihrab de la Mezquita de Córdoba*, «Boletín de la Real Academia de Córdoba», n.º 53, abril 1945, p. 139.

(4) La restauración de las partes formales o constructivas de la capilla del Mihrab parece ser la hecha en 1772, de la que dió cuenta Enrique Romero de Torres, en artículo titulado *La famosa capilla del Mihrab que amenazaba hundirse en la segunda mitad del siglo XVIII fué restaurada por el arquitecto francés don Baltasar Dreveton*, que vió la luz en «Diario de Córdoba» el 9 de noviembre 1935, y se reprodujo en este «Boletín», núm. 48, enero-marzo 1944, p. 83.

